

Montevideo, Diciembre 9 de 1948.

Sr. Dr.,
Emilio Frugoni,
Presente.

Mi querido amigo: No deseaba escribirle esta carta hasta no haber volcado la última página de la ~~El~~ *Finge Roja*.

Hoy que he terminado de hacerlo, quiero decirle que su libro constituye uno de los más lúcidos documentos de nuestro tiempo. Como esto no es una amabilidad sino un juicio, deseo decirle algo a este -- respecto.

Durante mucho tiempo, el problema de Rusia y del comunismo constituyó para mí una verdadera angustia. Rusia, en sí misma, se me presentaba como un problema de información. La abundante literatura a que ha dado lugar no fué nunca literatura de neutrales. Los detractores eran contestados briosamente por los admiradores; la propaganda era repetida sistemáticamente por la contra propaganda. El Juez de ese sistema político y de esa magna unidad histórica, geográfica y social, no aparecía por ninguna parte. Al comunismo le ocurría otro tanto, puesto que la palabra "comunismo" involucra tantas cosas, que era muy difícil entenderse a su respecto sin antes haber depurado y clasificado sus diversos contenidos.

Cuando el Gobierno del Dr. Amézaga designó a Ud. representante de nuestro País en Rusia tuve la sensación de que, por primera vez obtendríamos no sólo un testigo neutral, sino también un testigo de -- nuestra propia mentalidad y sensibilidad. No se puede perder de vista que los uruguayos, con su temperamento tan profundamente político, con nuestra conciencia social tan evolucionada y con nuestra curiosa mezcla de -- europeísmo y americanismo, tenemos modalidades temperamentales muy propias. Necesitábamos, pues, uno de los -- nuestros (y ¡por que no decirlo!, uno de los nuestros -- del que nos sentimos orgullosos) que nos viniera a --- traer su declaración insospechable.

El testigo se hizo esperar y la prudencia diplomática puso mucho más silencio de por medio -- del que nosotros hubiéramos deseado. Pero al fin apare

ció la declaración con el título de "La Efigie Roja". No había sido innecesario tanto tiempo ni infecundo el silencio que nos inquietaba. El libro fué no sólo lo que todos esperábamos, sino mucho más. Nosotros nos hubiéramos conformado con un breve esbozo, con unos pocos trazos del artista que nos diera la sensación del escenario que éste había presenciado y en el que se había movido. No exigíamos más porque creíamos que no teníamos derecho a esta altura de su vida a requerirle un mayor esfuerzo. Pero he aquí que el artista no nos entrega un apunte, sino un inmenso fresco lleno de vida, de color, de movimiento. En él los magnos planos de la composición aparecen trazados con firmeza de maestro y los más pequeños primores del detalle aparecen suplidos con primor del artesano.

El juicio que haya de hacerse de su libro no es, pues, un juicio de benevolencia. Su apreciación tenía que tener el valor de un testimonio fundamental para los hombres de nuestra generación y aún para todos los hombres de nuestro país.

El valor de ese inmenso fresco que Ud. ha trazado deriva del hecho de que en él han tenido cabida todos los matices del pensamiento y de la sensibilidad. El sociólogo que hay en Ud. no ha oscurecido nunca al poeta y el político no se ha superpuesto nunca al artista sereno y sagaz.

Cada una de las múltiples facetas de su personalidad están presentes en su libro. El poeta es el que nos ha descrito la página inolvidable sobre la nieve en Moscú; el sociólogo es el que nos ha explicado lo que muy pocos intérpretes lo han hecho hasta ahora y es el fenómeno para la cultura de nuestro tiempo y es de que la guerra se haya dado vuelta en Stalingrado, que haya sido el pueblo ruso el que haya hecho emprender a los ejércitos nazis el mismo angustioso camino del regreso que ya había conocido otros grandes avasalladores de fronteras. El político es el que ha tenido en este libro un papel más significativo. Para censurar la despótica organización del Gobierno Ruso contemporáneo, no era necesaria la diatriba. Bastaba la finísima y sutil ironía que fué algo así como la estrella de su larga vida -

política del país. Esta sutil forma que Ud. ha utilizado del "castigar riendo mores" ha sido más eficaz que cualquier panfleto. El buen lector sabe encontrar en sus páginas lo dicho y lo callado, lo entendido, lo sobrentendido y lo subentendido. Y hasta me atrevería a decirle que el jurista esté presente en sus páginas aunque a Ud. no le guste mucho este título porque las descripciones del juicio público, del juzgado de Distrito, tienen el mismo color y seguridad de trazo que aquellas páginas que Dickens dedicara al proceso del desdichado Mr. Pickwick.

Así podría seguirle comentando, mi querido amigo, este precioso documento que Ud. nos ha obsequiado.

Por fortuna la opinión se va pronunciando ya en forma tan unánime en favor del mismo, que la solidaridad de sus admiradores y amigos va siendo innecesaria.

Pero yo deseaba darle prenda sincera de mi gratitud, y ella queda brindada, más mal que bien en estas líneas.

Espero poder ofrecerle en reciprocidad algunas páginas dignas de Ud. Acabo de terminar un trabajo que tal vez me brinde esa ocasión. Será, pues, hasta su envío con un fuerte y afectuoso apretón de manos.

EJC/FFS.